



ARTE - HISTORIA FILOSOFIA Y LITERATURA EN RELACION CON LA MEDICINA



ESBOZOS SOBRE BIOPATOLOGÍA EGREGIA

por el

Doctor CARLOS RICO AVELLO

Profesor Adjunto de la Facultad de Medicina de Madrid.
Académico C. de la Real de Medicina de Sevilla.

I

En nuestros ensayos sobre la vida patológica de algunos monarcas de la casa de Austria y primeros Borbones (1), tuvimos ocasión de recoger algunas referencias relativas a Felipe III y Felipe IV, que ahora son objeto de estas notas que pretenden contribuir, en cierto modo, a la tarea iniciada sobre clínica y dolencias de los reyes españoles.

Felipe III, nacido del matrimonio de Felipe II con su cuarta esposa y sobrina carnal, fué esperado y recibido con lógica ansiedad sucesoria, ya que, después de la muerte del príncipe Don Carlos, el porvenir veíase incierto.

Jurado en Portugal a presencia de su padre cuando los triunfos bélicos del duque de Alba permitieron la anexión del vecino país y dilatadas posesiones a la Corona española, si hemos de dar crédito a Felipe II, cuyas referencias epistolares tanto contribuyeron a conocer su mentalidad y discutidos sentimientos, crióse el joven Felipe bastante delicado a causa de las comunes «tercias» y de la lactancia de una mujer de no mucha salud, «... de donde truxo una enfermedad que todavía le dura y llaman usagre...» Accesos febriles y trastornos gastrointestinales son las dolencias infantiles, algunas de ellas vigiladas y atendidas por los aún protomédicos VALLÉS y MERCADO.

La educación preocupa mucho al monarca, máxime con los incidentes y disgustos que le proporcionara aquel primer vástago, fruto de su juvenil matrimonio con la princesa portuguesa, y en los primeros años debió ser Felipe III mimado y consentido en casi todos sus deseos y juegos, como lo prueba esta referencia del cronista Cabrera de Córdoba:

«... y por haberse enristecido porque quebró una vidriera de la ventana, el mismísimo rey con una llave fué quebrando algunas mostrando en lo que habían de estimar, y el estimaba, por más cuidado que tenía del atavío de su Palacio...» Nuevo detalle que contribuye a afianzar la creencia de que Felipe II era para sus hijos, más que un padre, un «padrazo»...

A García de Loaysa se encomienda la difícil paleta de su vigilancia y atención, secundado por don Cristóbal de Moura, el fiel caballero portugués en funciones de mayordomo mayor; y son ellos los que orientan la infancia del príncipe Felipe hacia una vida activa saludable, en la que las temporadas

de campo y caza en Aranjuez, El Escorial y El Pardo contribuyen a fomentar su desarrollo físico y a luchar contra la endeble constitución orgánica. La educación del heredero inspírase, antes que nada, en el recelo y la desconfianza. Mucho temía el rey aquel desdichado final del infortunado Don Carlos, y por eso las instrucciones que de palabra da a Loaysa van inspiradas bajo normas de absoluta fe y cristiana educación, y a los seis años el príncipe reza su Rosario todas las tardes, y antes de él hasta nueve Salves, oyendo la santa misa todos los días y aun los jueves hasta dos.

No era, en cambio, el príncipe estudioso y dado al cultivo de las letras, pero sí tuvo alguna reacción belicosa, pues, con motivo de la incursión inglesa en Cádiz, dícese que pidió voluntariamente acudir en socorro de sus vasallos espada en mano, a lo que su padre replicó, «... sosegaos, que ya estará remediado...» Este bélico impulso infantil fué el primero y el último..., ya que en sus escasos veintitrés años de gobierno, su vida fué un pequeño holgorio de bodas, bautizos y caerías, siempre mediatizado por la observancia rigurosa de los preceptos religiosos y el continuo temor al pecado.

Contarini nos da una descripción de Felipe III cumplidos los quince años. «... su cuerpo es cenceño y débil, su complexión delicada sería más fuerte y robusto si se alimentase con más moderación. Tiene un espíritu distinguido y responde perfectamente en las ceremonias...»

Quevedo, en sus *Anales de quince días*, refiere que es de «... mediana estatura, fuerte de miembros, bien proporcionado, airoso, el rostro apacible, no conociéndosele otro ejercicio que el de la obediencia, y con docilidad crédula se aplicaba a lo que querían las personas en quien confiaba...» Esta ausencia de voluntad y entrega absoluta a los validos e influyentes, secuela o derivación de aquella cautelosa educación con él seguida.

Murió Felipe III a los cuarenta y tres años no cumplidos, y la causa obedeció a una erisipela. «... eficazmente ayudada por los médicos de su Real Cámara...», comentario que debe proceder de franceses o afrancesados, y por eso debe ponerse en cuarentena..., ya que análogos comentarios se repiten en tal ocasión, estimando allende los Pirineos que los facultativos españoles eran los más ignorantes del mundo, «... por sangrar sin purgar...», que es algo semejante a un asesinato disimulado.

Las referencias confirman que el viernes 26 de febrero de 1621 estaba el rey ocupado en la lectura de algunos despachos, teniendo a su lado un gran brasero que le acaloraba el rostro, y el marqués de Pobar rogó al duque de Alba, gentilhomme de cámara, que lo mandare retirar; pero Alba contestó que era incumbencia del sumiller de Corps, que lo era Uceda, y como éste tardara en aparecer, sufríó

(1) «El paludismo del emperador Carlos I». *Rev. San. e Hig. Púb.*, 1945. «Carlos II, sus tercianas, hechizos y dolencias». *Rev. San. e Hig. Púb.*, 1948. «Los médicos de Felipe II». *Медицина*, núm. 113, enero de 1951. «Las enfermedades y los médicos en la vida de Felipe II». *Rev. San. e Hig. Púb.*, noviembre-diciembre de 1950. «Medicina egregia (tres episodios clínicos de año)». La locura de Felipe V, las viruelas de Luis I y la psicosis palúdica de Fernando VI». *Rev. San. e Hig. Púb.*, 1948.

el resignado y paciente monarca una «sofocación», de la cual provino la erisipela febril.

En la mortal dolencia fué atendido en el palacio madrileño por varios médicos dirigidos por el doctor VALLE, *el Tuerto*, que algunos han confundido e identificado al doctor VALLES DE COVARRUBIAS. La dirección del tratamiento y vigilancia corría a cargo de VALLE y GUTIÉRREZ DE SOLÓRZANO, y es posible que alguno de los SEPÚLVEDA, GALLEGO DE LA SERNA, SARABIA, MEDRANO, SALA, GÓMEZ DE SANABRIA y OÑATE, participaran en las consultas y frecuentes reuniones en las que decidieron sangrarle hasta cuatro veces.

Las *Noticias de Madrid*, curioso manuscrito contemporáneo al hecho, que da una relación de la muerte, no se ocupa más que de los mencionados doctores VALLE y GUTIÉRREZ DE SOLÓRZANO.

II

Cinco años contaba el que habría de ser Felipe IV cuando, en Madrid, padece las consecuencias desagradables de una afección febril, que persiste por espacio de sesenta días. De la infantil dolencia, a la que se calificó con el común denominador de «tercianias», tenemos cumplida referencia por el cronista Cabrera de Córdoba, y las referencias sintomáticas (escalofríos, fiebre, crecimientos febriles, sudoración) y su carácter recidivante, hacen presumir el carácter febril intermitente tercianario.

El egregio enfermo fué atendido por MERCADO y VALLE, que lo purgaron y sangraron como era proverbial, y entre ellos surgieron grandes discusiones y diferencias sobre la utilidad del «cambio de aire», mostrándose MERCADO partidario del traslado en jornadas cortas a Valladolid, a lo que se opuso firmemente VALLE.

De estas controversias nace la confusión que padeció el ilustre historiador médico don NICASIO MARISCAL, al creer que este doctor VALLE era el doctor VALLÉS, fallecido años antes—en 1592—, y del desenlace del asunto deduce, erróneamente, que el criterio del protomédico MERCADO prevalecía sobre el de VALLÉS, cuando el supuesto «divino» no era sino el doctor VALLE, conocido por *el Tuerto*, y médico de cámara de Felipe III, fallecido en Madrid en octubre de 1623.

Este proceso febril alarmó mucho a los monarcas, que acudieron a Aranda de Duero, donde, anhelantes, siguen la lenta mejoría de su primogénito y sucesor. Felipe III, con sus arraigadas convicciones religiosas, promete acudir en oración de gracias al Cristo de Burgos cuando su hijo recobre la salud, lo que se produce el 20 de noviembre de 1610, no sin pasar el rey, a su vez, unos días mal a causa de un proceso gastrointestinal agudo, que califica el cronista de «cámaras rebeldes».

De Aranda, y cuando el estado aconseja el traslado, vuelve a Madrid el príncipe «... bastante flaco y agotado...», y los médicos coinciden ahora en que debe pasar a las estribaciones serranas de El Pardo para convalecer; pero refiere el cronista que pronto surgen las «viruelas», que determinan la persistencia del deficiente estado general del príncipe, que aun continúa el año 1611 débil y agotado, pensando su padre trasladarle ahora a Portugal para que allí cobre fuerzas y vigor.

Estos procesos febriles, con crecimientos, vómitos y cefalea repítense aun en años sucesivos, y ya rey, en 1627, se recoge dolencia similar, que para algunos es consecuencia inevitable de los excesos de sus amoríos con *la Calderona*. En tal ocasión, como en la

infancia estuvieron los médicos preocupados y pesimistas, y en las juntas en las que intervenían hasta nueve facultativos presididas por el entonces «sumo hacedor» el conde-duque de Olivares, parece que éste no se conformaba con presidir los debates, sino que intervenía en las discusiones técnicas, «... que hasta de lo que no sabía quería hacerse dueño...»; tal era su reconocida, y bien estudiada por el profesor MARAÑÓN, pasión de mandar.

En esta ocasión fué el doctor POLANCO (MIGUEL) el médico de cámara que llevó la voz cantante, ya que, según NÓVOA, se trata de uno de los «... médicos mejores que el rey tiene...» En juntas, reuniones y asistencia al soberano intervinieron también los doctores NÚÑEZ, SARABIA, SANTA CRUZ, LEONARDO GARCÍA, ORDÓÑEZ, CANSECO, LADRÓN y SALAZAR MUÑOZ.

Pero poco contribuyeron las dolencias a cambiar su método de vida y costumbres. El rey, galante y amoroso, asemejábase en poco al autor de sus días (2); Felipe IV, frívolo y dado a las aventuras femeninas, permanece desligado de los asuntos públicos y entregado a la ambición de sus validos. Las crisis espirituales de transitorio arrepentimiento y culpabilidad, se reflejan en la copiosa correspondencia que en las etapas finales del reinado sostiene con la monja de Agreda, y nada menos que 234 epístolas contiene el manuscrito de la Biblioteca Nacional, de Madrid, el más completo de los existentes; y todas estas vicisitudes anímicas, irónicas unas, depresivas otras, quedan bien recogidas en este interesante epistolario.

Comprobamos allí su preocupación por la enfermedad del malogrado príncipe Don Baltasar Carlos (3) y su reacción ante la derrota de Villaviciosa o la muerte de la monja de Agreda, que precedió en poco tiempo a la de su constante confidente.

Pero Felipe IV, aunque influya en su ánimo, no atiende la persuasiva prudencia y atemperancia que aconseja la religiosa, y galanteos, aventuras e imprudencias están a la orden del día.

Los *Avisos*, de JERÓNIMO BARRIONUEVO, y la carta a sor María de Agreda (4 de junio de 1658) son la información que tenemos del episodio que se sucede como resultas de una jornada de caza en Aranjuez, donde el rey «... está metido en un hoyo hasta los pechos esperando que un lobo fuera a besarle la mano...»; y al regreso, un atasco del coche le tiene dos horas bajo una temperatura inclemente en espera del de los médicos, que le siguen, llegando a Madrid, «... tan helado, que no podía entrar en calor...» Como consecuencia, aparece una nefritis, seguramente, con tales antecedentes, *a frigore*, y a la complicación hipertensiva debe culparse la hemiparesia flácida de brazo y miembro inferior derecho, cuyo normal uso no recuperará ya. Desde entonces, los episodios hácense frecuentes, y el «mal de ijadas», seguramente la expresión residual de aquella nefropatía inicial que persiste como nefrosclerosis, aparece en la vida patológica del monarca. En 1662 encuéntrase nuevamente postrado, febril, con mal de ijada, y pretende relacionarse la dolencia con el mucho trabajo que sobre el rey pesa al faltarle la co-

(2) Hasta ocho hijos naturales le adjudica el P. Flórez, además de los siete legítimos de su primera mujer y cinco del segundo matrimonio, de los que es interesante advertir que ocho fallecieron antes de alcanzar el primer mes de vida.

(3) Baltasar Carlos era la esperanza sucesoria y el único varón de una serie de nacimientos, todos hembras, que no alcanzaban el año de vida, a excepción de Doña María Teresa, que casó con el rey francés Luis XIV. Este problema dinástico constituye una preocupación en el segundo matrimonio, pues Felipe Próspero y Fernando Tomás vivieron muy poco tiempo, y Carlos II gozó siempre de una salud precaria.

laboración de don Luis de Haro. Los médicos aconsejan reposo absoluto, cambio de aires, y es BARRIONUEVO el que aclara que el lugar elegido será Valencia, y entre tanto se determina, vaya su majestad desde el cuarto a la real capilla en silla de manos.

El «achaque de la orina» reaparece año y medio más tarde, y es el propio Felipe IV quien escribe: «... estos días me ha molestado el dolor de ijada, aunque no me veo obligado a hacer cama de día, y a los 26 eché una piedra pequeña sin efecto de dolor...» Los avisos de BARRIONUEVO amplían que el rey teme a sus achaques lo bastante para no salir de Palacio, y como «... la orina ejecútala su majestad con demasiada premura, por esa razón no acude a misa el día de la Candelaria, y presencia las comedias debajo de la celosía por si le pica el achaque de la orina...»

Tenemos, por si fueran pocos los antecedentes, dos síntomas definidos de tipo urogenital, calculosis y polakiuria, el primero de los cuales confirmará posteriormente la autopsia.

La enfermedad tiene ya acusada exteriorización objetiva, que no pasa inadvertida; y así, POETTING afirma que el rey está viejo y débil, y que «... los médicos españoles, que son excelentes teóricos, flaquean en la práctica, y no tienen *praeter universalia et simplicia* medicamentos singulares, o sea *corroborantia*, como sus paisanos, los alemanes, fiándolo todo en tal género de dolencia a la suavidad de la atmósfera...»

Llevan ahora la dirección y vigilancia médica, como facultativos de la cámara regia, dos conocidos catodrásticos, figuras de nuestra Medicina del siglo XVII, los doctores CIPRIANO DE MAROJA y GASPAR BRAVO DE SOBREMONTTE, que ya no consiguen enderezar la precaria salud del rey enfermo, que, aparte las dolencias orgánicas, ahora sufre las morales derivadas del arrepentimiento a su vida licenciosa y de la pérdida de su consejera, la religiosa de Agreda; y así, el augurio fatal de Felipe Izo al duque de Gandía el 7 de enero de 1665 cúmplase: «... el Rey mantiene tan flaco, que parece no ha de ver otro día de Reyes...» Y por si fueran pocos males, el heredero, pronto Carlos II, críase tan enclenque y desmedrado, que no le basta ir para cuatro años para andar por su pie.

Las micciones de orina sanguinolenta, con expulsión de pequeños cálculos (4) y acusada participación del sensorio, con ataques convulsivos, seguramente urémicos o pseudourémicos hipertensivos, se recogen en las epístolas de POETTING al emperador a partir del mes de junio de 1665. En agosto, BRAVO DE SOBREMONTTE y MAROJA reducen la alimentación a leche de burra, caldos y compotas, y el arzobispo de Embún, que le visita, informa «... que sólo viéndole puede imaginarse la debilidad del rey, que, encorvado, anda vacilante, el que acostumbraba a caminar erguido; tiene los ojos medio cerrados, cuéstate levantar la voz, y no es sino sombra de sí mismo...» Referencia en la que un nuevo síntoma aparece, en la valoración diagnóstica retrospectiva, el edema palpebral.

Por entonces corren entre el pueblo las aladuras:

El rey está malo.
El príncipe, malito.
La reina con jaquecas.
La infanta se irá.
¿A quién esta casa se alquilará?

(4) ... *urinatio puris sanguinis et quidem conglomerati, adiuncta notabile debilitate virium...*

Y como el estado del monarca es grave y los remedios de los médicos no ayudan, antes bien «... se le enfría el estómago y se descompuso, de manera que le dió un desconcierto...», recurren y pruébanse hechizos, y en Nuestra Señora de Atocha se quema un libro de Astrología, sin otros resultados.

Estamos a 11 de septiembre cuando se inicia el desarreglo intestinal, que corresponde atender al doctor BRAVO, que está de semana, y como quiera que las cámaras fecales, no cibales, sino sanguíneas, perseveran y repítense hasta el número de sesenta en el día, BRAVO DE SOBREMONTTE requiere el concurso de sus compañeros de la cámara, que ordenan reposo absoluto y compotas.

El día 14 acude su confesor, el dominico fray Juan Martínez, que oficia la misa y le administra los Santos Sacramentos, y el día 15 se trae a Palacio el cuerpo de San Diego de Alcalá, y se le consulta si también se intercede cerca de San Isidro Labrador.

Algo mejor cursa la mañana del 16; pero en dicha tarde empeora, aparecen los desfallecimientos cardíacos, y a las cuatro y cuarto de la madrugada del 17 de septiembre de 1665, a los sesenta años de edad y cuarenta y cuatro de reinado, fallece Felipe IV.

La autopsia, que practica el doctor OLIVER a presencia de los médicos de cámara, acusa «... una piedra asida al riñón derecho de magnitud y figura de piña, mayor que una castaña y casi de la hechura suya, de color rojo. La sustancia toda deshecha y convertida en materia y corroidas las propaginas de la vena cava...»



VITAMINA A

ACRISINA

Refuerza las defensas
de epitelios y mucosas.



Instituto Farmacológico Latino, S. A. - Madrid